

# EL PINGÜINO MAGALLANICO

(*Spheniscus magellanicus*)

OBSERVACIONES SOBRE SU NIDIFICACIÓN, COSTUMBRES, Y COMPORTAMIENTO

POR PABLO KORSCHENEWSKI

En los alrededores de Puerto Madryn, Provincia de Chubut, y en un área relativamente reducida, se concentra un notable conjunto faunístico, que abarca una diversidad de representantes de la vida silvestre del litoral marítimo patagónico. Le pertenece uno de los más grandes apostaderos de Elefantes marinos (*Mirounga leonina*), y también, uno de los reductos más numerosos de Pingüinos magallánico (*Spheniscus magellanicus*).

El paraje llamado Punta Tombo, camino a Cabo Raso, es el preferido por los pingüinos para su nidificación. Es un lugar muy pintoresco, y está rodeado por dos hermosas playas, donde las rocas rojizas, y el verde esmeralda de las algas marinas, presentan un magnífico juego de colores.

Al llegar el mes de Septiembre, la naturaleza comienza sus preparativos, adornando cada ramita de las matas que recubren las costas con nuevos brotes. Todas las piedritas de las playas se han lavado con las lluvias primaverales. Las arenas, que parecen peinadas por el viento, lucen sus claros faldeos ante las caricias del sol; y la suave brisa embriaga todo con los aromas primaverales.

En esta época, precisamente, se puede observar el interesante espectáculo que ofrecen los Pingüinos magallánico (*Spheniscus magellanicus*), cuando llegan a las playas para nidificar. Observando el mar, hacia el horizonte, en días de cielo completamente despejado, y sin la más leve brisa, puede verse la superficie del mar, a lo lejos, muy agitado y cubierto de puntos negros y blancos, a la vez que se oye un monótono murmullo y chapoteo, cada vez más fuerte, a medida que se acercan a las playas. Estas playas, antes desérticas y tranquilas se transforman completamente, al ser invadidas por millares de Pingüinos magallánico, que años tras años, vienen a nidificar en este mismo lugar.

Traen su nueva librea, dorso oscuro reluciente, e impecable pechera blanca. Toman por asalto las playas, y continúan su avance invadiendo toda la costa, centenares de metros adentro. Un tremendo griterío domina el ambiente. Mientras nuevas oleadas de pingüinos emergen de las revueltas aguas, las primeras filas empiezan a refugiarse entre los tupidos matorrales.

Estas simpáticas aves, después de su largo recorrido, nadando desde las lejanas regiones antárticas, invaden los más recónditos rincones de las costas. Sin tomar ningún descanso se dedican febrilmente a la construcción (o mejor dicho, reconstrucción) de sus nidos. Tienen que apurarse porque las hembras, que llegan ya fecundadas, dentro de pocos días tendrán que depositar sus dos blanquísimos huevos, y después no se las podrán molestar.

El nido del Pingüino magallánico es por lo general una profunda cueva, en algunos casos de hasta dos metros de profundidad construída casi al ras con la superficie, muchas de las cuales han sido obstruídas

por las tempestades del invierno; por lo que mientras unos reparan los daños, otros cavan las cuevas nuevas.

Por toda parte se ve volar tierra, impulsada por sus patas, única herramienta para esta operación. Las parejas se ayudan mutuamente, turnándose en la excavación.

Cada pareja conoce perfectamente su nido al que reconstruye todos los años, pero nunca falta un intruso cuyo nido desapareció por completo, o la pareja joven aún sin ubicación, o simplemente, un "vago" que quiere aprovecharse del trabajo ajeno. También vagabundean los "solterones" que intentan apoderarse de la hembra de otro, y de paso, también del nido. Al ser rechazados por sus legítimos dueños, algunos intrusos tratan a veces de imponerse por la fuerza trabándose en sangrientos combates. La lucha es cruel y sin tregua. Los picos provistos de filosos bordes y punta ganchuda, son armas peligrosísimas y junto con los demoledores aletazos pronto tiñen las relucientes pecheras blancas con abundante sangre, hasta que el más débil abandona el campo de batalla. Un griterio general acompaña al vencedor.

Como en cualquier sociedad, entre los Pingüinos también hay algunos haraganes, que en lugar de cavar se conforman con el reparo de una mata o simplemente con una cavidad en el suelo. Pero la mayoría trabaja duro y parejo. Hay también algunos con veleidades artísticas que adornan la entrada del nido con caracoles, algas o ramitas verdes de las matas vecinas. También los materiales de adorno son motivo de grescas y peleas constantes, por ser los Pingüinos en general unos ladrones consumados. Apenas se descuida un vecino, el más próximo, con la velocidad de un rayo se apodera de una piedrita vistosa ajena, acomodándola en su nido propio. Aunque los nidos son muy próximos entre sí, existe cierto límite de la propiedad que cada pareja cuida y defiende encarnizadamente.

Las peleas así son muy corrientes en esta época.

Una vez terminados los nidos y puestos los huevos reina relativa tranquilidad por espacio de un mes. Las pasiones se calman, no se da lugar a las peleas, todos están ocupados. La hembra pone dos robustos huevos, de tamaño notablemente mayor a los de gallina de color blanco níveo, con la cáscara gruesa y áspera. Ambos componentes de la pareja se turnan en la incubación, siendo muy cariñosos en esta época. Se les ve casi siempre muy juntitos acariciándose mutuamente con los picos, y charlando sin cesar con la voz apagada y ronca. Brevemente se ausentan por turno para alimentarse en las aguas próximas a la costa y sin alejarse mucho. Enseguida regresan para hacer compañía a su pareja.

Una gran cantidad de insectos parásitos se observan en los nidos de estas aves, durante la incubación de los huevos. Millares de insectos anopluros viven a expensas de los pingüinos, y a veces la intensidad de sus picaduras llega al extremo de hacer sangrar la franja desplumada del abdomen de las aves. Muchos huevos se ven pintados, como los de un Pavo doméstico, salpicado tupidamente de pintitas marrones. Se comprueba fácilmente que no es pigmentación propia del huevo, sino consecuencias de las picaduras de las pulgas y sus excrementos, lavando

los huevos con agua. Al colocarlos de nuevo al nido, poco a poco vuelven a teñirse con pintitas.

Los Chingolitos (*Zonotrichia capensis australis*) hacen fiesta con las abundantes pulgas, pululando en todas partes, metiéndose sin miedo en los mismos nidos, inclusive construyen sus propios nidos en su vecindad, o en matas, encima de las cuevas de los Pingüinos.

Al finalizar Octubre aparecen por fin los pichones, dando un verdadero trabajo a sus progenitores. Como dos bolitas de gamuza marrón, recubiertos de espeso plumón, con sus piquitos negros que constantemente gritan en demanda del alimento, completamente indefensos y torpes en sus movimientos, son verdaderos glotones. El menú del día son los pulpos y calamares, muy abundantes en la zona. Los cuerpecitos, cómicos, en forma de una pera, con el cuello y patitas delgados y débiles al principio, crecen rápidamente, dando más y más trabajo a sus diligentes padres.

Pero llegan los días en que se hace imposible saciar el voraz apetito de los pichones, con el sistema turnado de los padres. Este grave problema se resuelve satisfactoriamente, cuando las patitas de los pichones, aún débiles, pueden sostenerlos, y comienzan a caminar. Cada diez o veinte familias vecinas reúnen a su prole en una especie de jardines de infantes, o guarderías, bajo las frondosas matas, y con la protección de dos o tres adultos, mientras el resto se lanza a trabajar en procura de alimento, en un continuo ir y venir, trayendo la comida del mar.

Recién para fines de enero les crece el primer plumaje juvenil, que cubre totalmente la capa suave del plumón. El aspecto de la juventud cambia por completo. Cubiertos de reluciente plumaje, en el mes de febrero adquieren ya la gracia propia de la especie, aunque su coloración difiere con la de adultos. Les falta la división marcada entre la espalda negra y la pechera blanca, tampoco en la garganta se ven las dos franjas típicas de este Pingüino, poseen una sola franja, con los contornos igualmente borrosas aún. Sus picos, aunque robustecidos mantienen todavía la línea recta en la punta sin el gancho característico de los adultos, que obtendrán durante la muda de plumas general, recién a fines de Marzo.

Estrechamente vigilados, se aventuran ya al agua y rápidamente aprenden a pescar solos por estar los apostaderos ubicados estratégicamente en los parajes donde las aguas del mar tienen abundante y variada fauna. Es más bien una diversión general en la que gozan todos, tanto los grandes, como los jóvenes. No se alejan de la costa y con frecuencia salen a tierra para descansar y revolcarse en la arena bajo el sol radiante. Un griterío constante se oye de día y de noche desde lejos. Se improvisan los juegos colectivos, persiguiéndose en el agua o deslizándose sobre su propia barriga desde las cimas de las dunas, y remando con sus aletas para aumentar el impulso de sus patitas, se deslizan vertiginosamente sobre sus toboganes de arenas.

Los padres pueden entonces gozar de un merecido descanso. Se dedican por entero a la vida hogareña, ora en el agua buscando los manjares más exquisitos, ora en tierra reuniéndose en numerosos grupos con sus vecinos, saciándose del sol que tanto les faltará en el invierno.



Colonia de Pingüino magallánico (*Spheniscus magellanicus*).



Nido de Pingüino magallánico.

Engordan notablemente preparándose para el sacrificio final de la temporada, el de la muda general de las plumas, un proceso doloroso y febril que algunos, los más débiles, no soportarán.

El comienzo de la muda de plumas no tiene fecha fija para todos, pero poco a poco tanto los jóvenes como los viejos, abandonan el mar internándose en la costa, buscando la sombra y la fresca humedad de sus cuevas o debajo de las matas. Se les hincha la piel de todo el cuerpo, erizando todas las plumas. De pronto parecen engordar casi el doble. Poco a poco, dentro de la piel hinchada, les crecen los canutitos negros de las plumas nuevas, empujando, más bien expulsando de su lugar, al plumaje viejo. Los Pingüinos parecen cada vez más gordos, hasta que de pronto el viejo tapado comienza a desprenderse en jirones. Se ven tan cómicos entonces, embobados por su estado febril, con el plumaje cayéndose a mechones desaparejos, mostrando algunas partes del cuerpo desnudas aún y otras erizadas de plumas viejas descoloridas, quemadas por el sol, harapientos y tristonos, silenciosos e inmóviles.

El suelo se cubre de un verdadero colchón de plumas, pareciendo de lejos como si de pronto una corta nevada hubiese caído en pleno verano.

Sin ningún alimento, ya que no pueden entrar al agua en tal estado, pasan todo un mes en tierra, hambrientos, sedientos, doloridos, afiebrados, consumiendo su propia grasa depositada en una gruesa capa de hasta dos centímetros de espesor debajo de la piel. A medida que los canutitos emergen de la piel, revientan, dando el paso a las plumas nuevas que crecen rápidamente. Las espaldas se revisten de brillante plumaje negruzcos con tonalidades celestes, y las pecheras, compiten en su reluciente blancura con el algodón de las nubes. Entonces se los ven esbeltos, elegantes, y los jóvenes ya tienen la punta ganchuda en su pico, símbolo de la madurez. Ya casi no se distinguen de los adultos, a no ser por la diferencia de la robustez del pico y la frescura de la piel de las patitas membranosas. Alegres corren por fin nuevamente al agua admirándose mutuamente y comentando ruidosamente el acontecimiento. Tremendamente flacos y debilitados después de un mes de semejante prueba, recobran no obstante muy pronto sus fuerzas. Nuevamente la alegría puebla los alrededores disfrutando todos la abundante y succulenta comida, el frescor de las límpidas aguas, y las caricias ardientes del sol. Siendo excelentes nadadores se aventuran en recorridas más distantes visitando las playas más lejanas, pero regresan a pernoctar siempre a su apostadero natal.

Así, sin preocupaciones ni penas pasan los días, hasta que de pronto un llamado misterioso, la voz potente del instinto, les despierta una nostalgia por las tierras lejanas, desconocidas aún por la juventud. Cada vez más fuerte es la nostalgia. Un reluciente mundo lejano de los brillantes témpanos verdosos y azulados, de la blanquísima nieve inmaculada y del infinito mar, despiertan añoranzas en los viejos, a tal extremo que ya es insoportable la espera. Aunque algunos aún visten los harapos viejos, generalmente a mediados del mes de abril, a más tardar en sus últimas fechas, la voz del instinto los vence. Un griterío ensordecedor recorre el apostadero reuniéndose todos en la costa en una especie de parlamento. De pronto con la voz en cuello todos se lanzan al mar, alejándose rápidamente de la costa como temiendo de ser atraídos de vuelta.



Aspecto general que presentan las cuevas de los Pingüinos magallánicos.



Pingüinos magallánicos en sus cuevas.

Las playas llenas de vida y movimiento, al día siguiente aparecen completamente desoladas y silenciosas. Uno que otro Pingüino enfermo o harapiento, demorado en su muda de plumas, se perciben entre las matas. Tristes, silenciosos, inmóviles, contemplan el paisaje desolador con las plumas sueltas llevadas por el viento en todas las direcciones. Estos infelices solitarios permanecerán en la zona hasta la próxima primavera.

Mientras los otros, respondiendo al llamado misterioso de su instinto, se largaron en un fantástico recorrido a nado de varios miles de kilómetros, y de cuatro meses de duración hasta el reluciente país de los hielos flotantes del mar Antártico. Regresarán nuevamente de su fantástico viaje después de cumplir el misterioso acto de la fecundación de las hembras en el lejano reino helado, cubiertos por el manto estrellado de la larga noche polar.

En el mes de Septiembre nuevamente volverán a estas costas del continente miles, y miles, de estas hermosas aves. Invadirán nuevamente las extensas playas patagónicas, anunciando la llegada de la primavera.

Así ocurre en Punta Tombo, cerca de Puerto Madryn, todos los años, a mediados del mes de Septiembre. Es el apostadero de los Pingüinos magallánico más numeroso del continente, que cuenta con una población de más de un millón de Pingüinos, además de otras numerosas colonias de aves marinas no menos interesantes. Allí el Pingüino magallánico permanece durante ocho meses del año, o sea la gran parte de su vida, cumpliendo sus principales etapas de desarrollo, ausentándose solamente en un relativo breve viaje de luna de miel, o de fecundación de sus hembras, durante cuatro meses del invierno. Siendo así el Pingüino magallánico, un ave del clima templado, contrariamente al concepto generalizado en el mundo entero, que son eminentemente aves polares. Concepto erróneo, aplicable solamente a una parte de las variedades de Pingüinos que viven en el mundo.